

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FILOSOFIA

Y

LETRAS

REVISTA DE LA FACULTAD
DE FILOSOFIA Y LETRAS

63-64-65

ENERO-DICIEMBRE

1957

IMPRESA UNIVERSITARIA

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

Rector:

DR. NABOR CARRILLO

Secretario General:

DR. EFRÉN C. DEL POZO

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

Director:

DR. FRANCISCO LARROYO

Secretario:

MTRO. JUAN HERNÁNDEZ LUNA

FILOSOFIA Y LETRAS

REVISTA DE LA FACULTAD DE
FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA
UNIVERSIDAD N. A. DE MÉXICO

PUBLICACION TRIMESTRAL

FUNDADOR:

Eduardo García Máynez

DIRECTOR:

Francisco Larroyo

SECRETARIO:

Juan Hernández Luna

Correspondencia y canje a Ciudad Universitaria
Torre de Humanidades, San Angel, D. F.

Subscripción:

Anual (4 números)

En el país	\$ 15.00
Exterior	Dls. 2.50
Número suelto	\$ 4.00
Número atrasado	\$ 5.00

Sumario

ARTICULOS		Págs.
Francisco Larroyo	<i>Tipos históricos de filosofar en América durante la época colonial.</i>	13
Dr. Oswaldo Robles.	<i>Comentario al Libro III del alma de Fray Alonso de la Vera Cruz.</i>	29
Emilio Uranga	<i>La crítica de Marx a Hegel.</i>	43
Luis Cernuda.	<i>William Wordsworth</i>	55
Oliver A. Johnson	<i>La necesidad del valor en un mundo de hechos.</i>	71
Dra. Paula Gómez Alonzo	<i>Nicolás Maquiavelo.</i>	81
Rosa Krauze de Kolteniuk	<i>Antonio Caso y el positivismo</i>	113
Angel Ma. Garibay K.	<i>La Universidad y el Pueblo.</i>	130
Dr. José M. Gallegos Rocafull	<i>La Universidad y la reconquista de la unidad humana</i>	145
Juan Manuel Terán Mata	<i>La reforma de las profesiones liberales</i>	159

	Págs.
Luis Recaséns Siches	<i>El humanismo de Alfonso Reyes</i> 165
Juan A. Ortega y Medina	<i>El sentido de la pugna angloespañola por el dominio oceánico en el siglo XVI</i> 173
Gregorio López López	<i>La Guelagueza</i> 221
Amancio Bolaño e Isla	<i>El ser y el poder ser</i> 229
Pedro De Alba	<i>Oración por Gabriela Mistral</i> 239
Julio Jiménez Rueda	<i>Don Marcelino Menéndez Pelayo y los heterodoxos españoles</i> 245
Sergio Fernández	<i>El tercer camino de Enrique Gil Gilbert</i> 255
Sara Bolaño	<i>Wenceslao Fernández Flórez y algunos aspectos de su obra</i> 267
Teresa Aveyra Arroyo de Anda	<i>El sentido de lo añoso y de lo nuevo en la poesía de Antonio Machado</i> 279

RESEÑAS BIBLIOGRAFICAS

Inéz Vargas de Núñez	<i>Iqbal's Educational Philosophy</i> (Saiyidain K. G.) 309
Pedro De Alba	<i>Francisco I. Madero: Apostle of Mexican Democracy</i> (R. Ross Stanley) 313

	Págs.
Agustín Millares Carlo	<i>Misiones argentinas en los archivos europeos</i> (Raúl R. Molina) 315
Agustín Millares Carlo	<i>La imprenta de Guayaquil independiente</i> (1821-1822). (Abel Romeo Castillo) 318
Wonfilio Trejo	<i>Lógica formal y lógica dialéctica</i> (Henri Lefebvre) 319
Inéz Vargas de Núñez	<i>El sexo en los sentimientos de inferioridad</i> (Efigenia Frangos) 325
Elsa Hernández Cruz	<i>Historia de la Revolución Mexicana (la etapa precursora)</i> . (Florencio Barrera Fuentes) 328
Bonifacio Fernández Aldama	<i>La Política Internacional de la Revolución Constitucionalista</i> . (Eduardo Luquín) 332
Josefina Zoraida Vázquez	<i>La Invención de América. El Universalismo de la Cultura de Occidente</i> (Edmundo O'Gorman) 335
Edmundo Félix Escobar Peñaloza	<i>La Filosofía Americana. Su razón y su sinrazón de ser</i> (Francisco Larroyo) 338
Roberto Andrade Echauri	<i>La Filosofía en la Universidad</i> (José Gaos) 339
Mtro. J. Hernández Luna	Noticias de la Facultad de Filosofía y Letras 343

LA GUELAGUEZA

Una nueva unidad política y cultural se vislumbró desde que Cortés y la Malinche se unieron; se aparearon las razas y México surgió fuerte y pujante a tal punto que todavía asido del pecho de su madre india se constituyó en nación independiente.

Luego si queremos hablar de esa nueva unidad política y cultural que es nuestro México, debemos tomar en cuenta, para su expresión auténtica y cabal, tanto lo europeo como lo indígena. De otro modo pecaríamos de parcialidad, como acontece, v. gr., con muchos que resaltan demasiado y hasta con pasión uno de esos aspectos, tratando, de una parte de europeizar a México en vez de mexicanizar lo europeo, y de otra, despreciar lo indígena, como si lo indígena ya hubiera dado de sí y no tuviese ya nada positivo que aportar en la formación de la nueva cultura, siendo que lo indígena constituye, no digamos un filón o una veta, sino verdaderamente una mina rica en tesoros y reliquias invaluable, que debemos explotar en beneficio de nuestra patria.

Emprendo este trabajo con el deseo de mover a todos los hombres de estudio a la búsqueda, hallazgo y recuperación de los grandes valores que yacen ocultos en la tierra fértil y fecunda del alma indígena.

Porque México necesita "cuajar" valga la expresión, para poder ajustarse digna y auténticamente al concierto universal. Y esto jamás lo logrará mientras no sepa integrarse, mientras no sepa armonizar todas sus potencias y apreciar todos sus valores. El indio ha vivido postergado. La revolución siempre fracasó y ha fracasado cada vez que pugna por su emancipación. Porque la revolución no ha amado de verdad al indio: *amar es comprender.*

Penetrar en la conciencia del indio, he ahí la clave para el completo éxito de la Revolución. El desconocimiento de este básico principio ha

sido la causa de los desaciertos e ineficacias en las soluciones dadas al problema indígena. Se olvida que la sensibilidad del indio es vivísima y que su pensamiento se fija constantemente en la muerte como límite que le impide alcanzar su perfección. Preciso es, entonces, trascenderla, superarla, ¿cómo?, por medio de la filosofía, por medio del arte, de la religión, etc. Su espíritu es espíritu de sabiduría, es espíritu de creación y libertad. Gusta de la cultura, no de la civilización. Esta, con su ciencia, con su técnica, con su economía, en vez de enaltecer su dignidad, la menoscaba. Porque la civilización no es para el cielo, sino para la tierra, no dice relación a la vida allende la muerte en la cual radica, para el indio, la verdadera felicidad. La muerte, dice, es el principio del descanso final. Subordinar si, la civilización a la cultura, pero no la cultura a la civilización.

Por lo tanto, si hay que dar alguna solución al problema indígena hay que hacerlo tomando en cuenta su pensamiento, tomando en cuenta su sentir respecto de la vida y de la muerte y de acuerdo con esto, hacer la verdadera y real incorporación del mismo a la nación, es decir, facilitándole el camino, por decirlo así, para su participación activa en el mundo de los más altos valores, de modo que también él contribuya, con su genio, a la gestación de una patria más grande y más augusta; a la gestación, en una palabra, del México eterno. Pero esto, pensamos y es nuestra convicción, lo harán los propios indígenas o, en su caso, aquellos en cuyo corazón esté latente el espíritu autóctono cuando, columbrando el horizonte, perciban nuevamente el fulgor de la *guelagueza*, fulgor que ya hemos visto en cierto modo, algunos que amamos nuestro pasado indígena.

Hemos dicho: fulgor de la *guelagueza*; pero ¿qué es la *guelagueza*?

Antes de entrar en materia, hagamos una ligera digresión terminológica para poder comprender más adelante, el sentido de este concepto.

En primer lugar *guelagueza* es un término abstracto del zapoteco,¹ así como, v. gr., "humanidad" es un término abstracto del castellano. En efecto: "humanidad" es abstracto con relación a "hombre" que es concreto. Análogamente "guelagueza" es abstracto con relación a "guezza"

1 El zapoteco es el idioma de uno de los grupos étnicos que componen el actual Estado de Oaxaca, cuna en otro tiempo de elevadas culturas autóctonas.

que es concreto. Humanidad es la cualidad del hombre. *Guelagueza* es cualidad de *gueza*.

Ahora bien: *gueza* en zapoteco significa virtud o cualidad de las cosas, animadas o inanimadas, racionales o irracionales; pero el término abstracto "*guelagueza*" significa solamente virtud o cualidad moral, por ejemplo en el hombre o en Dios. Decir que las piedras tienen *guelagueza* es un contrasentido; las cosas tienen *gueza* simplemente: el pedernal tiene la virtud de producir fuego, los brillantes la de despedir destellos luminosos, algunas plantas la virtud de curar, algunos animales la de elaborar miel, otros la de producir electricidad, etc., mas no podemos decir que tienen *guelagueza* porque esto implica algo moral. En otras palabras: el término concreto *gueza*, además de expresar la virtud, cualidad o fuerza ontológica de las cosas, sean éstas animadas e inanimadas, racionales o irracionales, finitas o infinitas, expresa también la virtud, cualidad o fuerza moral de los seres espirituales, es decir, aquellos que gozan de inteligencia y libertad. El término *guelagueza* tiene menor extensión pero mayor comprensión. En una palabra, *guelagueza*, es la trascendentalidad moral de *gueza*.

Esta distinción la hemos hecho para que a nadie le extrañe el que empleemos en el curso de nuestro estudio indistintamente estas dos formas de expresión de un mismo concepto, pero considerando desde luego el matiz de diferencia entre una y otra.

Dejando a un lado las etimologías abordemos qué es intrínseca y filosóficamente la *guelagueza*.

La *guelagueza* es, en general, la belleza del ser, el cual apetecemos porque es bueno y es bueno porque nos causa felicidad y deleite. En efecto, el ser en cuanto lo pensamos es lo verdadero; en cuanto lo apetecemos es lo bueno, y en cuanto organiza nuestros miembros armonizándolos, es la unidad, y, en cuanto nos causa deleite, es lo bello y la belleza.

La *guelagueza* es el atributo estético del ser; la *guelagueza* ciertamente es la belleza; pero no la belleza de carne y hueso; la *guelagueza* es la belleza espiritual, es decir, el bien en cuanto que, amándolo, reporta al alma un sublime deleite que la entusiasma y transporta a planos de grandezas y maravillas.

El hombre, prendado de su hermosura, se mueve con el páthos ardiente y característico de los espíritus creadores, de los poetas, de los filósofos, de los místicos, de los visionarios; prendado de su hermosura el hombre se mueve con el páthos fogoso de los valientes, o con el páthos

dulce y amoroso del que hace el bien por el bien. Por ella, por la guelagueza, el zapoteca se inspira y crea, por ella sufre y goza, por ella lucha y empeña la vida, por ella renace y perpetuamente vence; la guelagueza es un valor ético a la vez que estético. Y es porque lo que es bueno es, a la vez, bello.

La guelagueza siendo, el bien o belleza, es, por ello mismo, fuente de armonía para el alma del individuo y del pueblo. Su presencia constante en la mente zapoteca es garantía del amor, de convivialidad y ayuda mutua de unos para con otros, en los pequeños y en los grandes acontecimientos, sea en el luto o en la alegría, sea en la pobreza o en la abundancia.

Si los indios han podido sobrevivir hasta ahora a través de los cataclismos políticos ha sido a causa de la fuerza ennoblecedora de la guelagueza, cuyo sello distintivo es la liberalidad por la cual el hombre "comunica del modo más perfecto, es decir, *sin esperar ninguna retribución por la comunicación*"; aquel que se mueve así, impelido por el sólo amor, no es hombre (Vinni) sino dios (Vidoo).

Ciertamente: el hombre virtuoso, fuerte y valiente, se dice en zapoteco: *vinni nagueza* que literalmente significa lo arriba dicho; pero también por esta otra frase: *vini hragueza* que literalmente significa: el hombre que se nutre de virtud; porque en la moral zapoteca, el alimento espiritual del hombre es la guelagueza (nombre zapoteca de la ambrosía, manjar de los inmortales). Partiendo de esto, podemos determinar el contenido de la ética zapoteca de acuerdo con la fórmula: *gupa xquezalú*, es decir: "guarda tu virtud", o como quien dice: aprovecha tu alimento espiritual. Ahora bien, el móvil que lleva al hombre al cumplimiento de este principio moral es, para los zapotecas, el amor (*guendaranashí*). En efecto, el valor de los actos humanos se mide dentro de la moral zapoteca, por el móvil del amor o, lo que es lo mismo, por la relación libre y espontánea de tales actos con la regla o principio moral: *gupa xquezalú*: *gupagaaxquelaguezalú*: salvaguarda tu dignidad, esto es, tu propio valor de hombre libre.

He aquí un ejemplo de acción moral desde el punto de vista de la filosofía zapoteca: los zapotecas cuando, en su pasada grandeza, enviaban presentes a su rey, no lo hacían obedeciendo un mandato u orden legal sino sencillamente *llevados del impulso amoroso que se manifiesta a la luz de la guelagueza*.

La ética zapoteca es, entonces, ética de la *guelagueza*; pero tal ética supone, como es evidente, una concepción teleológica de las cosas de acuerdo con cierta escala o jerarquía. Tal o cual ser goza de determinada cualidad o virtud de acuerdo con la función, secundaria o principal, que llena en el mundo de la naturaleza o en la vida moral o política. En apoyo de esta tesis, o sea la de que la ética zapoteca supone una concepción teleológica de las cosas, es curioso observar que la frase: *vinni hragueza* que, v. gr., dijimos, quiere decir literalmente: "el que se nutre de virtud" tiene también esta acepción o giro semántico, a saber: "el que cumple con el deber, la obligación o cargo". Efectivamente, a la luz de la filosofía zapoteca, el mundo y la vida se conciben como un *cosmos*, es decir, como una organización en la que las cosas, procediendo de todas las regiones del universo, concurren presurosas, impelidas por sabe Dios qué fuerza extraña e irresistible; concurren presurosas respondiendo a un designio inescrutable, todas sin excepción, desde el aire, el fuego, el agua, la tierra, las piedras, pasando por las plantas y las bestias hasta el hombre y las jerarquías celestiales para componer, en armónico concierto (y según la gracia o virtud otorgada a cada cual) una grandiosa sinfonía, a saber: la sinfonía de la justicia universal, que en última instancia es la misma *guelagueza* en su exaltación cósmica.

Pero esta sinfonía, este poema sublime de justicia y armonía cual es la *guelagueza*, se malogra cada vez que el hombre pisotea su dignidad, cada vez que el hombre, abusando de su libertad, se ensorberbece al juzgar el peso de su propio parecer sobre el justo peso del verbo, contrariando así el orden de las cosas y el ritmo auténtico de la vida. Sobreviene entonces el desajuste y la desafinación; las cuerdas de la vida, tensas en un principio, se aflojan, la furia de los elementos se desata sembrando por todas partes la muerte y la desolación. Es cuando la paz se aleja del mundo: los astros, desviándose de sus órbitas, mueven guerra contra otros astros, las aguas desvirtuándose ocasionan la muerte de multitud de peces; y los animales todos, entorpecidos sus instintos, se aniquilan unos a los otros: las aves del cielo contra las bestias de la tierra. Y el hombre, extraviada su mente, se vuelve enemigo acérrimo de sí mismo. El mundo en esta condición ya no es cosmos sino caos. Surge entonces el derecho. La ley se impone como medida necesaria para frenar el ímpetu del mal, pero sin remediar nada, sin restaurar el orden y la justicia.

Esto sólo se consigue con la presencia de la *guelagueza* (que es medida de concordia: *guendalizáha*), la que para tal objeto no se vale, como la ley, de la fuerza, sino del amor. Pues, la *guelagueza* no manda sino invita al amor. No hiere, sino cura; no aplasta y hunde, sino libera y exalta.

Amemos la *guelagueza*: a su luz el amor, con su fuego puro y encendido, engendra en el dulce seno del ser (esto es, en el seno de *guenda*, que según los zapotecas, es la madre y nodriza de todas las cosas) engendra, decimos, no a los espíritus cobardes, menguados, que llevan a cuestras los pies, no a los que vegetan pegados a la tierra que no reconocen otros valores que los de los sentidos: ídolos de barro, de piedra, de marfil o de oro; tampoco a los soberbios y orgullosos pagados de sí mismos; no, lejos de nosotros tal abominación, semejante engendro de espíritus no son frutos del amor; son a decir verdad, abortos del caos, monstruosos productos de las bajas pasiones, de odio o de envidias mas no del amor: hijos estériles que, llenos de orgullo y vanidad, vagan angustiados sin norte y sin rumbo en el extravío y demencia de los espíritus: por haber preferido no la *guelagueza*, no la belleza sino la fealdad; no el bien sino el mal, no el ser sino el no ser. Y faltos de juicio y discernimiento aplicaron mal el "número geométrico" de la generación que integra, en un cierto algoritmo, la función propia de cada ser, de forma que, sobrepasando el límite designado, pierden su equilibrio y su estabilidad. Y sacudidos frenéticamente en una danza loca y macabra caminan hacia la muerte y la desolación. Porque la esterilidad y frustración son muerte y desolación.

No son esos los espíritus que el amor engendra a la luz de la *guelagueza*, son otros: son aquéllos que, una vez amamantados por la nodriza y parturienta de todas las cosas, se aventuran audaces por la tupida y siniestra selva, virgen de huellas, se reconocen en que imprimen en su andar el característico trote de los tamemes. Su paso al avanzar, es firme y recto su juicio. A causa de que llevan a cuestras el verbo o logos, esto es, la razón, cuyo peso da seguridad y aplomo a sus pies y justo equilibrio a sus mentes, de modo que no pueden tropezar ni desviarse de su ruta, pues el verbo (*didcha*) que soportan es brújula que orienta la vida, y compás que marca el ritmo auténtico de los verdaderos espíritus. El hombre, en tan envidiable condición, se mueve libre, espontáneamente, siguiendo el ímpetu del amor, y, abrasado de febril y ardiente entusiasmo, se desborda inconteniblemente en actos que reiteran y

acrisolan su virtud o dignidad a la par que enriquecen con nuevas tonalidades, la mágica sinfonía del universo.

He aquí brevemente expuesta una de las piedras preciosas, orgullo del pensamiento zapoteca, que puede contribuir, sin duda alguna, a acrecentar el acervo cultural de México.

Dicho esto, exhorto a todos los mexicanos a la integración auténtica de México. Rastreemos las huellas de nuestros aborígenes, y descubramos aquellos tesoros que ocultaron ansiosamente en su desesperación cuando el fatídico presagio de Colaní (el Oráculo) estaba a punto de cumplirse.

"El hombre", dijo Sócrates, "es lo que debe ser en la medida en que se conoce a sí mismo". Nosotros, parafraseando a este gran filósofo, diremos: México es lo que debe ser en la medida en que se conoce a sí mismo; "pero conocerse a sí mismo", dice el mismo Sócrates, "es ver a Dios en nosotros"; por tanto, para que México se conozca, será necesario que conozca a Dios; sí, ciertamente; pero México sólo conocerá a Dios verdadera y auténticamente si lo conoce en la forma en que Dios quiere conocerlo, esto es, como algo singular y único. Porque Dios no es estéril e impotente; luego Dios no quiera que los mexicanos lo conozcamos, v. gr., como lo conocen los griegos o los romanos, los judíos o alemanes, los rusos o los norteamericanos, etc.

Otro es o debe ser el Dios de México, porque hay un Dios para cada pueblo; hay el dios de la ciencia y de la sabiduría, caso de los griegos; hay el dios de la libertad, caso de los judíos; hay el dios guerrero del derecho, caso del pueblo alemán; hay el dios de oro, caso de los pueblos imperialistas; hay el dios suicida, caso de los existencialistas franceses; hay, etc., etc., muchos dioses: unos verdaderos, otros falsos, éstos, más que dioses, son ídolos.

Cuidémonos, los mexicanos, de adorar ídolos, procuremos, más bien, conocernos a nosotros mismos, conozcamos a Dios como El quiere conocernos a nosotros, esto es, como un pueblo singular y fecundo, no malinchista, no imitador, no pasivo, no extranjerizante, sino sencillamente como lo que somos o como debemos ser, o sea: como mexicanos. México no es hijo de Europa ni de Asia; tampoco es hijo de América indígena; México no es la mera suma de dos razas. Es una nueva síntesis, una nueva unidad política y cultural, un nuevo pueblo, un nuevo hijo de Dios, un nuevo tameme como el griego; pero con un nuevo verbo, con un nuevo mensaje, ¿cuál es ese verbo o mensaje, que llevamos a cuestas y que se nos ha encomendado transmitir al mundo entero? ¿No será la

G R E G O R I O L O P E Z L O P E Z

victoria sobre la muerte? ¿No será nuestro dios, el dios victorioso, vencedor de la muerte?

Es urgente transmitir ese mensaje, es indispensable descifrar el mensaje que llevamos a cuestas y hacernos escuchar: construir un huéhuetl o teponastle gigantesco, invulnerable, resistente al tiempo, tenso y vigoroso, con el parche bien restirado, de modo que al pulsarlo con las yemas de nuestros dedos, su retumbo salte ágil y se escuche no sólo en América, no sólo en el viejo mundo, sino que trascienda, repercuta y resuene, no digamos en la posteridad, sino en la misma eternidad en una perpetua postulación de la vida, pero de la vida *digna*: libre, fecunda, creadora, llena de triunfos y de éxitos.

GREGORIO LÓPEZ LÓPEZ